

Torres. Luego que se le presentó, dice, una copia de la Santa imagen de Guadalupe á Nuestro Santo Padre, se complació su Santidad de tal modo en su hermosura, que preguntó enternecido al diligentísimo Postulador: “¿Así es?” Si, Beatísimo Padre, así es. Pero no digo bien; no es así, porque esa copia no es sino una sombra del bellissimo original. Las copias de Guadalupe son como la luz, que ni se saca ni se puede sacar á luz lo que ella es en si misma. Lleguen los Zeusis de México: no puede tanto su habilidad: vengan los “Angeles,” yo aseguro que volverán corridos: venga el Apeles de Grecia, no es este empeño lo mismo que retratar Alejandros. El pincel mas delicado acaso copiará el cuerpo; pero no el alma de la pintura. Aquella modestia de su semblante aquel halago de sus ojos, aquella dulzura de sus mejillas, aquella humildad de sus manos, aquel ademan de su cuerpo, aquel ademan de su talle, aquella gala de su vestido, aquella apacible compostura y raro embelezo de todo ¿quién será capaz de copiarlo? ¿quién podrá trasladarlo á otro lienzo? Pero sea tan feliz el pincel de alguno, que pueda copiar al vivo todas estas perfecciones de la bellissima imagen; ninguno ciertamente lo podrá hacer con aquel esplendor, con aquel brillo, con aquel “no sé que,” de particular encanto y hermosura, que solo puede dar el pincel de Dios: “Cui etiam Dominus contulit splendorem.” ¡Apreciamos nuestra dicha!



CAPITULO X.

PUNTO HISTORICO.



VIENDO Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa le preguntó la causa de aquella novedad: y habiendo referido todo el éxito de sus mensajes al Sr. Obispo, y como la Virgen Santísima, le habia asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho, y que le dijo como era gusto suyo que se le edificase un templo en el lugar que su sobrino le habia visto; y así mismo que su imagen se llamase Santa Maria de Gua-

dalupe: no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Sr. Obispo, llevaron a los dos indios á su presencia; y habiendo sido examinado el enfermo á cerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado su salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Sr. Obispo á su palacio á los dos indios.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad al palacio episcopal á venerar la imágen. Viendo, pues, el grande concurso del pueblo, llevó el Sr. Obispo la imágen Santa á la Iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una hermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se le colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradicion sencilla y sin ornato de palabras; y sí en tanto grado cierta esta relacion, que cualquiera circunstancia que se le añada, si nó fuese absolutamente falsa, será por lo menos supérflua: porque la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precision, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos é historiadores de aquel siglo escribian, figuraban y referian los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Sma. Virgen para que su imagen se llame de Guadalupe, no lo dijo; y asi no se sabe, hasta que Dios sea servido de declararnos este misterio.

Hasta aqui llega la tradicion primera, mas antigua y y mas fidedigna.

REFLECCIONES.

Qui me invenit inveniet vitam
et hauriet salutem á Domino:
Prov. cap. viii v.



QUISO el Señor que el milagro de la aparicion de su Santísima Madre se confirmara con el aparecimiento de bellas flores en las tristes y áridas rocas del Tepeyac, y no contento con ésto quiso aún otro milagro en la curacion de Juan Bernardino, tio del felicísimo Juan Diego. En este milagro hallamos una nueva prueba del primero, para mayor confirmacion de aquel, y para que hubiese un testigo mas, cual fué Juan Bernardino. Pero ademas, la sanidad de éste nos exita nuevas y muy consoladoras reflexiones. María se declara salud de los enfermos. A su venida, la nacion entera estaba enferma; y enferma de peligro: con la ceguedad del entendimiento por el error que aun no se habia disipado completamente, y la fiebre indómita de las pasiones que es un resultado necesario del error; pero apenas María, la tier-nisima Maria, descende del cielo a nuestro dichosísimo país; y con sus fulgores celestiales disipa las lúgubres tinieblas del error, y con sus ternuras maternales calma el

ardor de las pasiones y pone en el corazon mexicano el fuego purisimo de la caridad. La nacion obtuvo la salud, la nacion volvió á la vida. En nuestros dias lleno está nuestro país de enfermos, y enfermos de gravedad y de peligro; pero enfermos voluntarios: los unos, enfermos en la inteligencia, porque se han dejado infestar del hálito mortifero del error, ya comunicado con el mal ejemplo de otras naciones, ya por la lectura de malos libros, ya, en fin, porque las pasiones cuando se dejan correr sin freno envuelven al corazon en un negro fuego que exhala densa humareda que oscurece al entendimiento con las palpables sombras de las ilusiones, de la dudã, de la ignorancia y del error. Otros enfermos morales lo son del corazon, del alma, por el pecado y el vicio. Estos no han caido en el error, pero su descuido en procurar acercarse á los Sacramentos, su descuido en su conciencia y el olvido á que han relegado el grave é importante negocio de su salvacion, los ha puesto en un estado lamentable, en una enfermedad mortal que los conducirá sin duda, si su descuido sigue, á la muerte teerna.

Pero, bendita sea la misericordia de Dios y de María, esta Señora ha venido á Mèxico para curar y sanar á los enfermos de la inteligencia y á los del corazon. Ojalá que unos y otros recurran á tiempo á esta médica celestial; decimos: á tiempo, porque no siempre el hombre es objeto de la misericordia divina, llega tiempo en que lo es solo de la justicia, llega tiempo en que se oye una voz lastimera que se despide, es la voz de Jesucristo que abandona al pecador y al impio y les dice: "me buscareis y no me hallareis

morireis en vuestro pecado. Por eso el santo Profeta David nos exhorta á no endurecer nuestro corazon, y que tan luego como escuchemos la voz del Señor, prestémosle dóciles oidos. Joel nos dice que busquémos al Señor cuando esté cerca, cuando se puede hallar; de aquí se infiere que hay tiempo en que el Señor se retira y no es fácil hallarlo.

Se rien los pecadores, se alimentan y alucinan con vana y presuntuosa confianza, como si el Señor estuviera obligado á esperarlos hasta que ellos quieran. ¡Grande es la misericordia de Dios! exclaman, y luego siguen dando expansion á sus desordenadas pasiones, luego continúan en sus pecados y en el triste olvido de su salud eterna. ¡Miserables! toman la misericordia divina como un motivo para ofender á Dios.

Y ¿qué diremos de los impios? Estos enfermos son de mas gravedad, y no solo difieren el remedio, sino que niegan y aborrecen á los medicamentos y á los médicos.

Empero la Santísima Virgen puede con su intercesion alcanzar la salud espiritual al pecador y al impío; pero esta Santísima y sapientísima médica, á imitacion de su Santísimo Hijo, quiere que el pecador y el impio la invoquen, y esa invocacion espera. Nuestro Señor Jesucristo no sanó á la hija de la Cananea, sino hasta que esta suplicó repetidas veces: no sanó su Magestad al criado del Centurion sino hasta que éste pidió por aquel: no resucitó a Lázaro sino hasta que precedieron las lágrimas y las quejas de Marta y de Maria: no sanó al ciego de Jericó, sino hasta que éste exclamó repetidas veces: "Jesus, ten

piedad de mi,] quiero la vista. De la misma manera quiere la Santísima Virgen ser invocada por los enfermos de la inteligencia y por los enfermos del corazón, para alcanzar la salud á unos y á otros. Abrid los ojos, mexicanos extraviados, venid á María, invocándola si quereis sanar y conseguir la salud y la vida espiritual.

Abrazad y procurad la religion católica, única verdadera, volad al seno de la Iglesia que fundó el Salvador del mundo, y que no es otra que la católica, allí os espera María, la tiernísima Maria. No os ha de hacer felices el protestantismo, él está lleno de contradicciones, de orgullo y de errores, él os alucinará con su refinada hipocrecia, haciendos creer que la fe basta para salvarse, que vosotros teneis bastante inteligencia para penetrar los misterios de las Santas Escrituras, el.....pero es largo enumerar los males á que esa mentida reforma os conduciría si llegaceis á abrazarla.

El materialismo inundo que ha logrado invadir nuestro hermoso suelo, no es capaz de haceros felices, él quiere confundiros con los brutos para que vivais como ellos.

El racionalismo os hará soberbios á la par que estúpidos, cerrándoos las puertas de las verdades mas sublimes, para que no entreis en el templo de la verdadera sabiduría.

La indiferencia religiosa os hará insensibles, y ver con frialdad lo que mas os interesa, que es la salud y la vida espirituales.

El ateismo haciendos creer que no existe Dios, os obstruirá el camino de vuestra verdadera felicidad.

y eterna. Os conducirá á una ceguedad tal, que en vano hablarán á vuestros ojos los cielos y la tierra, publicando con muda pero elocuente voz, la existencia de un Sér infinito que es la plenitud del sér, la verdad por esencia, el sumo bien, la fuente de toda perfeccion y el centro dulcísimo á que aspira naturalmente nuestro corazón, como que en solo él está nuestro descanso, nuestra paz, nuestra riqueza, nuestro placer y nuestra dicha.

El deísmo haciendos creer que Dios no cuida de nosotros y que nada se le dá de nuestra buena ó mala conducta, os pone en camino de la mas espantosa inmoralidad, y ¿quién será capaz de medir la profundidad del abismo de males á que os precipitará?

Abrid los ojos, repetimos, abrid los ojos y no querrais cegaros voluntariamente. El Señor os da en su Santísima Madre, la inmaculada María, la Virgen del Tepeyac, la Virgen de Guadalupe, una médica acertadísima que cure vuestros males con la facilidad que curó y dió la salud á Juan Bernardino, como nos refiere la historia guadalupana.

¡Ay de los mexicanos extraviados que desprecian el remedio eficaz que el Señor en su misericordia les presenta por manos de la inmaculada y cariñosa Virgen María! ¡Ay de los que obstinados se dejan alucinar por una ilustracion mentida! ¡ilustracion igual á aquella con que el demonio, disfrazado en serpiente, aluciné á nuestros primeros padres. Sereis como dioses, les dijo, y los condujo á la deformidad de demonios, pues sus almas quedaron ennegrecidas con el pecado. Les prometió una

triste y dolorosa ciencia que se identifica con la malicia. Del mismo modo en nuestro siglo quiere el comun enemigo alucinarnos, queriendo que comamos del fruto prohibido del error y del vicio. No hay que extrañar sus asechanzas y sus engaños, pues se atrevió á tentar al Salvador cuando su Magestad ayunaba en el desierto. Refiere el Evangelio que el demonio llevó á nuestro divino Maestro á una elevada cima, y que mostrándole todos los paises de la tierra con sus riquezas, placeres, pompa y grandezas, le dijo: "todo esto te daré si postrado me adoras." Así ha hecho ese fatal enemigo, en nuestra nacion, deseando alucinar á los mexicanos, presentándoles la falsa grandeza, la mentida gloria de las naciones disidentes, haciéndoles creer que esa gloria se debe á la separacion de la Iglesia verdadera y á las falsas doctrinas del protestantismo. Todo os daré, dice, si separandoos de las doctrinas de la Iglesia católica, me dais adoracion abrazando el error, la mentira y la inmoralidad.

No puede negarse que algunos mexicanos han creido esas asechanzas fascinadoras y han dado paso á su separacion de la Iglesia católica. ¡Desgraciados! ¿á donde ireis en manos de vuestro propio consejo? ¿qué será de vosotros si vuestros maestros son los apóstatas Lutero y Calvino? ¿qué será de vosotros si llenos de orgullo decís: no necesitamos maestro, nosotros somos capaces de sondear los profundos oceanos de la Biblia, entendemos mejor que San Agustin, Santo Tomás, San Ambrosio y demas escritores ultramontanos, ellos no sabian nada, nosotros somos inspirados, pues obligado está el Espíritu di-

vino á descender sobre nuestras cabezas siempre que se nos antoje leer las Escrituras? ¿qué sería de vosotros si, como enseña el protestantismo, veis con indiferencia á la Santísima Madre de Jesucristo y Madre nuestra, ó llegais tal vez á aborrecerla como hace una de esas sectas? Ya San Buenaventura dice lo que os sucederá: "morireis en vuestros pecados."

No hay, pues, que alucinarnos, tiempo es aún de reflexionar con atencion y juicio. Profesamos, por la misericordia del Señor, la religion verdadera que existió desde el principio de los siglos, con el nombre de "religion natural" acomodada á lo que exigian las relaciones entre Dios y el hombre; que despues se llamó "escrita" en tiempo de Moisés, llevando preceptos que eran necesarios á mas de los de la ley natural; y que por último fué llevada á su perfeccion por Nuestro Señor Jesucristo, quien suavizó su yugo hasta donde era posible, para que con gusto inclinaramos á él nuestra cerviz. Pertenece á la Iglesia que fundó el Salvador, y á la que prometió una asistencia continua hasta la consumacion de los siglos, asegurándole que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella, y, por último, le prometió que no erraria en la direccion de los hombres, y que los conduciría infaliblemente á la consecucion de su último fin. Amas de hacernos el Señor el inestimable beneficio de darnos la verdadera religion, haciéndonos nacer en el seno de su Iglesia, nos dió por madre á la que lo es verdaderamente suya, y á nosotros los mexicanos nos la dió de un modo especialísimo, queriendo bajase personalmente á visitarnos,

á darnos el dulcísimo nombre de "hijitos," á disponer se le hiciese casa entre nosotros, para vivir con nosotros en cierto modo, y así atender al socorro de todas nuestras necesidades corporales y espirituales, singulares, particulares y generales; para fertilizar nuestros campos, para purificar nuestra atmósfera, para desterrar la guerra, para traernos la paz, la salud, la vida y la felicidad; principalmente la que consiste en poseer la verdad y la virtud. Si carecemos de estos bienes, si se alejan de nosotros, es por nuestra culpa, es por nuestro descuido é ingratitude; pero es indudable que si humillados, contritos, devotos y llenos de confianza nos dirigimos á nuestra Madre la inmaculada y tiernísima Virgen de Guadalupe, Ella nos alcanzará el perdón y derramará sobre nosotros en particular, sobre nuestras familias y sobre nuestra nación entera, los bienes de que están llenas sus benefactoras manos. Curará á los enfermos, principalmente á los que lo están de la inteligencia y del corazón; ó lo que es mas claro; á los que se han alucinado con los errores de la época y á los que aunque conserven la fe, han perdido la caridad por el pecado y el vicio.

Bastó que la Santísima Virgen se presentara á Juan Bernardino, para darle inmediatamente la salud; pero Juan Bernardino era verdadero creyente, y la piedad vivía en su corazón; imitémosle, y la Santísima Virgen Madre nuestra, nos dará la salud que tanto necesitamos.

Y vosotros, mexicanos fieles al Señor á su religion y á su Iglesia, é hijos dóciles y amantes de María: pedid por vuestros hermanos extraviados; pero pedid con instancia,

como el Centurion pedía la salud de su criado, como la Cananea pedía la salud de su hija, y como las hermanas de Lázaro deseaban la vida del amigo del Salvador. Pedid, pues, por la conversion de los impíos y de los pecadores, y pedid por vosotros; si nó remedios, preservativos. María es la salud y la vida despues de Nuestro Señor Jesucristo.